

EGLOGA TERCERA

DESPÍDESE SILVIO DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
En fuerza de los hados rigurosos,
Al pecho la estrechaba,
Y con suspiros tiernos y amorosos
Su dolor desta suerte le expresaba.

SILVIO.

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿con que la fortuna
Rompe los fuertes lazos
De una estrecha amistad más que otra alguna?
¿Con que dejas por último mis brazos?
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?
¿Dejas mi corazón que por la boca
Repitiéndote está sus blandas quejas?
¿Te has transformado acaso en dura roca,
Que dejas á tu Silvio en triste calma
Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?

Más ¡ay! que si la estrella
De mis brazos te arranca, ¿por qué Hero

Motivos que no das, mi Clori bella?
La estrella me arrebató el bien que adoro.

A Dios, Clori, ¿te vas? sí, que la suerte
Con tu ausencia procura...
Procura... ¡ay! sí, procura darme muerte,
Privándome de toda mi dulzura.

Y puesto que la fuerza
La incontrastable fuerza del destino,
No hay brazo que la tuerza,
Anda, mi Clori, empieza tu camino.

Mas no, Clori, te aguarda:
¿Olvidarás de Silvio la ternura,
Si acaso para verte el tiempo tarda?
¿Olvidarás que ha sido tu hermosura,
Tantas dichosas veces adorada,
En lo mejor de su alma colocada?
No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes
Del corazón más fiel tantos amores,
Que á prueba de otros muchos pretendientes,
Envidiosos pastores,
Me hicieron dueño al fin de tus favores,
Sí, Clori: que aunque ausentes
Estemos, y en las tierras más distantes,
Yo te prometo, por aquella gloria
Que me causó el triunfar de tus amantes,
El que siempre estarás en mi memoria...
En mi memoria, siempre agradecida
Al honesto recato
De tu amoroso trato;

Y muy reconocida
A la sagrada fe comprometida
Con juramentos tantos,
Que por los dioses santos
Hicimos, cuando en más dichoso día
Yo me nombré por tuyo, y tú por mía.

¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos,
Corriendo en tus mejillas,
Como dos arroyuelos,
Se arrebaten las tiernas florecillas.
¡Ay! véncete á mi ruego:
No eclipses de tu cielo peregrino
En cada niña un sol de blando fuego:
No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA.

Con estas expresiones de ternura
Silvio de su zagala se despide,
Quien con llanto explicaba su amargura,
Que á su labio de rosa hablar impide:
Dánse el postrer abrazo;
Y desunido el amoroso lazo,
Los últimos adioses se dijeron
Con ayes tan del alma prorrumpidos;
Que las Driadas y Faunos se movieron,
Y en ecos repetidos
Desde sus hondas cuevas respondieron.

CUARTA EGLOGA

LLORA SILVIO LA AUSENCIA DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Como suele el amante pajarillo,
Para aliviar su corazón doliente,
Quejarse sobre algún verde arbolillo
El triste Silvio sin su Clori amada
Llora su desventura,
Y en el silencio de la noche obscura
De este modo su pena fué expresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:
Y así como en la noche obscura y triste,
Un extraño silencio el más profundo
Respira el campo desde que tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba envía,
Ni las aves canoras
Su voz desatan ya con alegría.
Tristes corren las fuentes más sonoras,
Y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razón la distancia,
Que nos separa causa mis desvelos.

¡Oh, si te viese ahora,
Bellísima pastora!
¡Ay! traigante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

No me cabe el dolor dentro del pecho,
Serranilla graciosa,
Cuando pongo los ojos en el techo
De tu mandra (1) dichosa:
Ya no se ve blanquear, como solía,
Con tantas palomitas melindrosas:
Que como echaron menos tu presencia,
Quizá á buscar se fueron su alegría,
Si estuviesen aun creo que llorosas
Al triste Silvio hicieran compañía.
Date prisa á volver, zagala mía.
¡Ay! traigante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Tus mansas inocentes corderitas
Ni se alegran, ni buscan por el prado
Como de antes las nuevas yerbecitas.
¡Pobrecillo! ¡ay! sin tí de tu ganado!
Y cuando llega la hora
Que del redil las saque su pastora,
La llaman con tristísimos balidos:
A tan grande dolor les acompaña
Con ecos repetidos
La lóbrega mañana.
Y desde aquel instante el más penoso,

(1) "Mandra," albergue pastoral.—A.

En que se vió la pastoril cabaña
Sin tu rostro precioso,
Una noche sombría
Parece que se extiende por toda ella,
Aun cuando el sol está en el mediodía.
¡Ay serranilla bella!
¿Si volverá á este campo su alegría,
Que con ansias espera la alma mía?
¡Ay! traigante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

Admite, corazón, algún sosiego,
Y aguarda con el tiempo la venida
De tu Clori querida,
Que enjugará este llanto en que me anego.
Acaba de llegar, alegre día,
Y tendrás, no hay que hacer, en mi pastora
Mejor regazo que en la blanda aurora.
¡Ay, zagaleja mía!
¡Cuánto tus ojos tardan
En alegrar los míos que te aguardan!
¡Ay! traigante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

POETA.

Calló el pastor amante,
Y la pesada noche tenebrosa
Le retira á su mandra silenciosa
Sin que el dolor le deje un sólo instante.

EGLOGA QUINTA

CELEBRA SILVIO LA VUELTA DE CLORI.

SILVIO, POETA.

POETA.

Ya de los montes el invierno cano
Retirado se había,
Cuando Silvio volvía
A ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
Que á la boca llevaba muchas veces
Con gratas sencilleces,
Cariñoso la toma:
Sobre la verde yerba de una loma
La sienta, y á su lado
La requiebra, cual suele en el techado
Simple palomo á cándida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,
Prodigio celestial, todo bien mío,
Grata á mis ojos más que en la mañana
A las sedientas flores el rocío:
Pasó la noche oscura,
Que lloraba con lágrimas eternas:
El suave resplandor, las luces tiernas

De tu blanda hermosura
Disipa mi tristeza:
Igual es tu belleza
A la que tiene la rosada aurora,
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,
Alegra los espacios de los cielos,
Y las coronas de los montes dora.

Pájaros dulces, que en pajizas camas
Gratas consortes requebráis contentos,
Salid alegres á las verdes ramas:
Desatad vuestros músicos acentos,
Y esparcid en los vientos
Vuestra sonora plácida armonía,
Pues ha llegado la zagala mía.

Salid ya del establo, corderillos,
Que en el campo os espera
Producción olorosa de tomillos,
Que con Clori os envió la primavera.
Subid al monte, bajad á la ribera:
Dad saltos de alegría,
Pues ha llegado la zagala mía.

Amantes zagalejas,
Que en el fértil sembrado de amapolas
Soléis cantar á solas
De un mal pagado amor las tiernas quejas,
Vuestros amargos lloros
Conviértanse hoy en cánticos sonoros
De alegre melodía,
Pues ha llegado la zagala mía.

Templad los agradables caramillos,
Porque en lo más sabroso de la siesta,
Músicos pastorcillos,
Haremos nuestro baile en la floresta
A la usanza de simple serranía,
Pues ha llegado la zagala mía.

POETA.

A seguir iba Silvio; pero viendo
La carroza del sol, que iba subiendo,
Se retira á su albergue en compañía
De Clori, y observando los pastores
Sus festivos empeños,
Se dispusieron todos á porfía,
Para alcanzar favores
De sus hermosos dueños:
Y á la siesta en el campo se juntaron,
“Y la vuelta de Clori” celebraron.

SONETOS

SONETO PRIMERO.

INFLUJO DEL AMOR, IMITANDO EL AR-
TIFICIO DEL PRIMER SONETO DE D.
TOMAS DE IRIARTE.

Célebres calles de la corte indiana,
Grandes plazas, soberbios edificios,
Templos de milagrosos frontispicios,
Elevados torreones de arte ufana,

Altos palacios de la gloria humana,
Fuentes de primorosos artificios,
Chapiteles, pirámides, hospicios,
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara
Del gusto que me brinda tu grandeza,
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza
El suave influjo de la dulce cara
De una agraciada rústica belleza.